

“Todavía no”: Zama, un criollo, un indio



Byron Vélez Escallón

Universidade Federal de Santa Catarina. Santa Catarina. Brasil.

Recibido: abril de 2022

Aceptado: julio de 2022

Resumen

El protagonista de *Zama* (1956) evoluciona “para atrás”: a lo largo de la progresión de la narrativa pasa de la fama a la relegación, de la relegación a la miseria, de la miseria al rebajamiento, del rebajamiento a la mutilación. Esa regresión, que se cuenta entre los principales procedimientos alegóricos de la novela, se constata también en sus ámbitos taxonómico y onomástico, pero tal vez su corolario más expresivo sea la sobrevivencia de la encomienda en el Paraguay de finales del siglo XVIII. Este trabajo rastrea la regresión antes mencionada y la lee como análoga de la dependencia latinoamericana, concentrando su atención en la relación del protagonista con tres figuras que, de manera evidente, encarnan aspectos y contradicciones del propio Zama: Ventura Prieto, Manuel Fernández y Vicuña Porto. En los apartados posteriores se asocia esa regresión con el “arrobamiento” americano del protagonista y, finalmente, con el contexto de dependencia contemporáneo a la novela.

PALABRAS CLAVE: *Zama*, literatura latinoamericana, alegoría, diferencia colonial, teoría marxista de la dependencia.

“Not yet”: Zama, a Creole, an Indian

Abstract

The protagonist of *Zama* (1956) evolves “backwards”: throughout the progression of the narrative he goes from fame to relegation, from relegation to misery, from misery to debasement, from debasement to mutilation. This regression, which is among the novel’s main allegorical procedures, is also found in its taxonomic and onomastic spheres, but perhaps its most expressive corollary is the survival of the *encomienda* in Paraguay at the end of the 18th century. This work traces the aforementioned regression and reads it as analogous to Latin American dependency, concentrating its attention on the protagonist’s relationship with three figures who, in an evident

way, embody aspects and contradictions of Zama himself: Ventura Prieto, Manuel Fernández and Vicuña Porto. In the subsequent sections, this regression is associated with the American “rapture” of the protagonist and, finally, with the context of dependency contemporary to the novel.

KEYWORDS: *Zama*, Latin American literature, allegory, colonial difference, Marxist theory of dependency.

“Ainda não”: *Zama*, um crioulo, um índio

Resumo

O protagonista de *Zama* (1956) evolui “para trás”: ao longo da progressão da narrativa ele vai da fama ao rebaixamento, do rebaixamento à miséria, da miséria à mutilação. Essa regressão, que está entre os principais procedimentos alegóricos do romance, encontra-se também em suas esferas taxonômicas e onomásticas, mas talvez seu corolário mais expressivo seja a sobrevivência da encomienda no Paraguai das postrimerías do século XVIII. Este trabalho traça a referida regressão e a lê como análoga à dependência latino-americana, concentrando sua atenção na relação do protagonista com três figuras que, de forma evidente, encarnam aspectos e contradições do próprio Zama: Ventura Prieto, Manuel Fernández e Vicuña Porto. Nas seções subsequentes, essa regressão é associada ao “*arrobamiento*” americano do protagonista e, por fim, ao contexto de dependência contemporâneo ao romance.

PALAVRAS-CHAVE: *Zama*, literatura latino-americana, alegoria, diferença colonial, teoria marxista da dependência.

Soy un poco más. Pero, si fuera un poco más...
Antonio Di Benedetto, *El pentágono*.

Precocidad paradójica, por tercermundista, del *Nouveau roman* francés o de la Nueva Novela Histórica; baluarte de valores universales abstractos; avatar suramericano del existencialismo o, más recientemente, del siempre ambivalente erotismo batailleano, la novela *Zama* (1956) de Antonio Di Benedetto parece padecer, como efecto de las filiaciones electivas de una parte de su recepción crítica, el mismo mal que aqueja a su protagonista: aún no ser, o ser exclusivamente en relación con la esperanza de un *dejar-de-ser-lo-que-se-es*. En otras palabras, ser víctima de una espera. Podría decirse que ese es el drama de América Latina, el umbral epistemológico que desde su fundación “occidental” ritma y cadencia su tragedia, y que *Zama* es la narrativa que hace con sus lectores lo que nadie hizo por el asesor letrado que la protagoniza: decir a sus esperanzas “no”.

Su protagonista y narrador, el asesor letrado Diego de Zama, americano de nacimiento, se mantiene vigilante en relación con su entorno. No quiere mirar a las mujeres mulatas de Asunción “para no soñar con ellas”, pues así vendría “en derrota”; se aísla en el pozo de su espera para no correr los riesgos de la maledicencia colonial; se aleja del encanto que lo rodea para no traicionar su ambición de ascenso y reconocimiento por parte de la vieja metrópoli:

Con ser tan mansa, cuidábame de la naturaleza de esta tierra, porque es infantil y capaz de arrobarme y en la lasitud semidespierta me ponía repentinos pensamientos

traicioneros, de esos que no dan conformidad ni, por tiempos, sosiego. Hacía que me diese conmigo en cosas exteriores, en las que, si a ello me resignaba, podía reconocerme. (Di Benedetto, 2002: 9-10)

Reconociéndose exclusivamente en la resignación a esas cosas exteriores, sin embargo, Zama evoluciona “para atrás” y a lo largo de la progresión de la novela pasa de la fama a la relegación, de la relegación a la miseria, de la miseria al rebajamiento, del rebajamiento a la mutilación.

Es posible, incluso bastante probable, que Antonio di Benedetto haya sido sensible a los intereses del existencialismo, que haya sido un *nouveau romancier avant-la-lettre*, o un entusiasta del pensamiento de Georges Bataille, pero el marco de dependencia económica y política de los países latinoamericanos no es menos relevante para una lectura contemporánea de *Zama* (1956). Me propongo, por lo tanto, dejar de lado las preocupaciones críticas con el estado de la deuda y, tal vez aun insistiendo en el esquema del que surgen esas preocupaciones, sacar la cuenta al contrario para preguntar por lo expropiado y encubierto. En las páginas que siguen trataré de rastrear la regresión antes mencionada, para mí *análoga* de la dependencia latinoamericana, y lo haré concentrando mi atención en la relación del protagonista con tres figuras que, de manera evidente, encarnan aspectos y contradicciones del propio Zama: Ventura Prieto, Manuel Fernández y Vicuña Porto.¹ En los apartados posteriores asociaré esa regresión con el “arrobamiento” americano del protagonista y, finalmente, con el contexto de dependencia contemporáneo a la novela.

Tríptico de la espera

Ventura Prieto, Manuel Fernández y Vicuña Porto acompañan al protagonista a lo largo de su “regresión”, en lo que podemos considerar un “tríptico” de la espera. El primero de esos personajes se asocia a todo lo que Zama *no* es aunque quisiera serlo; el segundo, a lo que Zama *es* aunque no se reconozca en ello; el tercero, apunta hacia lo que Zama *podría ser*.

En las páginas que siguen, y antes de abordar propiamente el contexto de dependencia, elaboraré una breve, aunque necesaria, “écfrasis” del tríptico antes mencionado.

Ventura Prieto-1790

En el primer “cuadro”, correspondiente a la parte del año 1790, tenemos a un Zama orgulloso, aunque ya disminuido, zambullido en un entorno social que lo aliena de su espacio-tiempo. Convive, en escenas de *viralatismo latinoamericano*² como la de una fiesta “a la moda inglesa”³ con herederos de encomiendas (el matrimonio de Luciana y Honorio Piñares de Luenga), con el ministro de la Real Hacienda, con algunos comerciantes ricos y con los miembros de la administración colonial.

Desde su borde paraguayo (que no tiene la importancia de Buenos Aires o Santiago),⁴ Zama —que se considera superior al entorno americano y que, sin embargo, está lejos

1 Para Daniel Adrián Israel, Vicuña Porto, Ventura Prieto y Manuel Fernández pueden considerarse como *dobles* del personaje central (cfr. 1995: 151).

2 Me apropio del concepto del sociólogo Jessé Souza. *Vira-latismo* o “*complexo de vira-lata*” designan en la obra de Souza los presupuestos de “culturalismo racista” de quienes se prestan a garantizar una sensación de superioridad y de distinción para los pueblos y países que están en situación de dominio. De ese modo, legitiman y dan méritos a la propia dominación (2019: s/p).

3 Cfr. el capítulo 6 de la primera parte de *Zama*, en que se describe esa fiesta, con alguna reminiscencia de “Las tres tazas” (1861) del colombiano José María Vergara y Vergara.

4 Recordemos que son las ciudades a las que el protagonista desea ser trasladado (Di Benedetto, 2002: 21-22)-

de la soñada Europa— se desdobra en figuras como el mono que, atracado entre los palos del muelle decrepito de Asunción, parece (como Zama) estar “por irse y no”. Ante ese cadáver de mono, el asesor Ventura Prieto —nacido en España, este personaje encarna para el protagonista todo aquello que él mismo no es— relata al protagonista lo que considero una especie de *summa* de la narrativa:

Dijo [Ventura Prieto] que hay un pez en ese mismo río, que las aguas no quieren y él, el pez, debe pasar la vida, toda la vida, como el mono, en vaivén dentro de ellas; pero de un modo más penoso, porque está vivo y tiene que luchar constantemente con el flujo líquido que quiere arrojarlo a tierra. Dijo Ventura Prieto que esos sufridos peces, tan apegados al elemento que los repele, quizás apegados a pesar de sí mismos, tienen que emplear casi integralmente sus energías en la conquista de la permanencia y aunque siempre están en peligro de ser arrojados del seno del río, tanto que nunca se les encuentra en la parte central del cauce, sino en los bordes, alcanzan larga vida, mayor que la normal entre los otros peces. Sólo sucumben, dijo él, cuando su empeño les parece demasiado y no pueden procurarse alimento. (Di Benedetto, 2002: 10-11)

Zama es como ese pez, su contradicción específica radica en no comprender que se debate en aguas que tienden a rechazarlo. Sucumbirá también, como ese pez, cuando ya no pueda siquiera procurarse el alimento. Como letrado y criollo, el protagonista navega en las aguas de una cultura que sistemáticamente lo repele, al tiempo que niega esa tierra a la que el flujo líquido quiere arrojarlo con insistencia. Él mismo se sabe “inferior” (121), por eso acepta la feminización y el sojuzgamiento de que lo hacen objeto las españolas Luciana y Rita, “una agujeta al rojo vivo, muy adentro, muy adentro” (111), y añora lo que no tiene: cuerpos de finezas y caricias envueltos en abrigo de piel; rusas, francesas, princesas; cuerpos de mujeres sin el sudor de América y sin una mínima noticia de la existencia del asesor letrado Diego de Zama:

Yo, en medio de toda la tierra de un continente, que me resultaba invisible, aunque lo sentía en torno, como un paraíso desolado y excesivamente inmenso para mis piernas. Para nadie existía América, sino para mí; pero no existía sino en mis necesidades, en mis deseos y en mis temores. (2002: 45)

Europa dignifica, da derecho, e incluso otorga existencia. Cuando Luciana le promete interceder por él ante las autoridades que en la metrópoli pueden hacer efectivo su ascenso, Zama reflexiona:

Hacia el Plata, después a la mar y hacia España, donde nunca fui más que un hombre anotado en papeles, se extendería un pensamiento, una sensibilidad humana accionada por mí. Alguien, en Europa, sabría quién era yo, cómo era Diego de Zama, y lo creería bueno y noble, un letrado sabio, un hombre de amor. Estaba dignificado. (2002: 127)

Ventura Prieto empieza a ganar bulto como antagonista, pues es pez que el agua acepta. Cuando una pareja de ancianos y una joven procuran audiencia para solicitar al gobernador el favor del rey, y luego de que el gobernador delegue esa audiencia en el asesor letrado, Zama —impresionado por la ascendencia familiar de los solicitantes, que remonta al conquistador y antiguo gobernador Domingo Martínez de Irala (1509-1556)— se envanece de su pequeño poder de funcionario y les promete “una encomienda de indios en nombre de su majestad” (48). Ventura Prieto cuestiona esa promesa:

Dijo que para privar de la libertad a cien o doscientos nativos y hacerlos trabajar en provecho ajeno no era mérito suficiente un papel antiguo con el nombre de Irala.

(...) quise explorar un poco más, y le pregunté cuál título consideraba válido para obtener la encomienda.

—Ninguno —me respondió—, y menos que todos el de la herencia remota. (2002: 50)

Zama decide que las opiniones de Ventura son peligrosas:

—¿Estaré hablando con un español o un americano?

(...)

—¡Español, señor! Pero un español lleno de asombro ante tantos americanos que quieren parecer españoles y no ser ellos mismos lo que son. (Ibíd.)

A partir de esa respuesta, el español será objeto de la saña del asesor letrado. En adelante crecerá su enemistad contra ese “propagandista de algo”, que sufrirá lo que ya se anuncia en su nombre, una fortuna estrecha: el deshonor, un tajo en la mejilla, la cárcel, la pérdida de su puesto y el exilio.

Manuel Fernández - 1794

El segundo “cuadro” desnuda al protagonista tal y como es. Su condición solo ha empeorado: “las cosas —demasiadas cosas— se desprendían de mí. Yo iba quedando desnudo. Son terribles los azotes en las carnes desnudas” (143).

Su trato social lo acerca cada vez más a los *bordes* del proyecto colonial. Los amigos españoles que antes lo circundaban han partido o se han alejado: Luciana, junto con su marido Honorio Piñares de Luenga, heredero de vastos plantíos de yerba mate, han regresado a “disfrutar en España de los bienes acumulados en América” (125); Ventura Prieto, por “propagandista de algo”, ha partido exiliado hacia Santiago; el gobernador, cambiando los términos de su intimidad anterior, le exige al asesor letrado solicitar audiencia para atenderlo. No hay más fiestas “a la moda inglesa”, y Asunción se ha transformado de modo que la autoridad colonial sobrevive apenas desgastada.

El Zama de 1794 es un Zama empobrecido, si bien aún envanecido. Toma como amante a una española pobre, Emilia, con quien tiene un hijo “bastardo” y “enteco”, que se confunde “con la propia tierra. Un estilo de mimetismo” (147); conserva su cuarto en una posada por cuidar apariencias, aunque frecuentemente duerme en el rancho de su amante; vende espada y estoque; mal se alimenta, no recibe su salario y hace interminables cálculos sobre lo que hará cuando la Corona le remita sus emolumentos o cuando el rey atienda sus aspiraciones.

Esos “azotes en la carne desnuda” lo hacen saberse “acogido en un país distinto” (153), habitado por esclavas, pequeños funcionarios, habitantes de periferia cuyos ranchos parecen “haber caído, en desparramo, como dados salidos sin ley de un cubilete” (160).

Entre todos los personajes de 1794 se destaca el escribiente Manuel Fernández, un pequeño secretario que osa usar el tiempo de su servicio para escribir un libro “sólo para la verdad y la belleza” (137). Zama recibe del gobernador la misión desagradable de averiguar por qué Fernández escribe su libro en casa de la gobernación. La respuesta del escribiente es bastante conocida:

La disposición de escribir no es una semilla que germina en tiempo fijo. Es un animalito que está en su cueva y procrea cuando se le ocurre, porque su época es variable, pues unas veces es perro, otras hurón, unas veces es pantera y otras conejo. Puede hacerlo con hambre, o sin hambre, en ocasiones sólo si está muy reposado, en otras si le duele una herida del cazador o si regresa excitado de una jornada de fechorías. (138-139)

Cuando Zama lee una página del libro y lo encuentra incomprensible, Fernández declara:

Señor doctor, es posible que el primer hombre y el primer lagarto fueran también incomprensibles para todo cuanto los rodeaba. Yo no sólo escribo: hago mi creación. (...) para escribir mi libro no tengo amo (...) Escribo porque siento necesidad de escribir, de sacar afuera lo que tengo en la cabeza. Guardaré los papeles en una caja de latón. Los nietos de mis nietos los desenterrarán. Entonces será distinto. (139)

La incomprensible escritura de Fernández aparece signada por la necesidad y no por el placer, y su actividad es de donación, mira hacia el futuro. El ambicioso asesor letrado comprende esa disposición, sin embargo, como una forma de egoísmo, y también considera que “dentro de ciento cincuenta años”, es decir, hacia la misma década de la publicación de *Zama*, “al abrirse la caja, habría otras formas de restricciones y censura” (139).

El desprendimiento del escribiente se impone, cuando acaba por regalar su libro a un viajero, un lector necesitado. La generosidad de Fernández también prevalece contra la acción del protagonista, que intenta desgraciarlo por conveniencia propia, pues el gobernador lo nombra secretario del asesor letrado y hace que se instale en el mismo despacho de Zama. Ese nombramiento, hecho para afrentar al pedigüeño funcionario, acaba sin embargo por favorecerlo, pues Fernández tiene una cierta “conciencia de clase”.

A diferencia de las decadentes autoridades coloniales, los pequeños funcionarios de 1794 sí reciben sus salarios regularmente. Malagradecido, Zama trata de mantener su ascendiente sobre Fernández aun en la circunstancia en que el secretario pasa a darle dinero y alimento, e incluso cuando acaba casándose con Emilia y asumiendo la paternidad de su niño, que más adelante se verá bien alimentado, limpio y sonriente.

La ayuda de Fernández, de todos modos, no es suficiente. La situación de Zama empeora cada vez más. Se ve obligado a mudarse a la periferia de Asunción; tiene sexo con una vecina de su nueva posada a cambio de algún dinero; cae postrado de impresión, de hambre y enfermedad. El horror que lo atrapa se manifiesta en alucinaciones y fiebres: una mujer misteriosa, de peineta y vestido verde, lo conmina a no aferrarse a la fantasía peligrosa de lo que “*ya no es*”: “Todos, casi todos, somos pequeños hechos. Elaboramos presente menudo y, en consecuencia, pasado aborrecible” (204).

El pequeño presente de Zama lo lleva, en una escena que recuerda mucho la postración de Juan Preciado en *Pedro Páramo* (1955), de vuelta al rancho de Emilia, pues ella y Fernández (una especie de pareja primordial) lo han rescatado y lo cuidan durante su convalecencia. El asesor, humillado, “en esa estrechez, veía acostarse juntos a Emilia y Fernández” (206). También lo lleva, su presente, a reconsiderar sus opiniones sobre la humilde comida que recibe: “Compartí su mesa. Comidas virtuosas: judías, mandioca, queso, la polenta, *mpaipig*, el *mbeyú* de choclo” (207).

La segunda parte de la novela termina con un protagonista arrogante que, cuidado por Fernández en sus primeros pasos después de la postración, aún quiere recordarle su lugar: “Era, aún, mi secretario. Sentí deseos de instarlo con ademanes a que se apresurara” (209).

Aunque enormemente fragilizado, desnudo, el personaje aún puede “descender” más, como ocurre en la tercera parte de la novela. Zama siempre está entre el final de algo (Z) y el comienzo de otra cosa (A).

Vicuña Porto - 1799

Creo que es productivo pensar en Vicuña Porto como una síntesis del antagonista Ventura Prieto (nótese la repetición de iniciales) y del ayudante Manuel Fernández. Enemigo aliado, este hombre de nombre entre quechua y portugués conduce como un torrente la parte final de la novela: “Vicuña Porto era como el río, pues con las lluvias crecía” (213).

Es posible decir que la experiencia de Zama también crece en este tercer “cuadro” de la novela, pues con esa figura rebelde que es Vicuña Porto —“un hombre numeroso”— también vienen los indígenas e, incluso, se multiplican sus palabras. Dado que en el pasado Vicuña “ha levantado indios” se lo asocia con la leyenda: si un mercader muere destripado “esa culpa era de Porto”; una serie de incendios se le adjudican con temor, pues no se sabe si es “el tiempo de su llegada” o “el tiempo de su partida”, por eso se conforma una columna, capitaneada por el español Hipólito Parrilla, para cazarlo (213-214).

Zama, el otrora corregidor, hoy funcionario letrado, decide alistarse en la columna de guerra que procura alcanzar y matar al forajido, pues conoce su cara, y su nombre, desde los tiempos heroicos: “su Majestad celebraría este retorno a las armas y más el triunfo” (214). Por esta tercera parte podemos inferir que el Zama corregidor, que desconoce al Zama asesor letrado, que “ganó honores del monarca y respeto de los vencidos”, pues fue un “pacificador de indios” que “hizo justicia sin emplear la espada” (20), tuvo en todos esos logros del pasado la ayuda indirecta de Vicuña Porto.

Al pasar por Ypané, antigua reducción franciscana, el protagonista ve la precariedad de la situación de los indígenas allí sujetos, así como la de sus condiciones de trabajo. Al ver miseria, hambre, arados de hueso, recuerda lo que Ventura Prieto consideraba sobre la encomienda.

Más adentro del territorio, las cosas desandan: la escasez predomina, la cadena de mando se deshace a medida que el grupo se adentra en el territorio. Vicuña también se ha alistado bajo el nombre de Gaspar Toledo; enemigo-aliado, el forajido es caza y cazador: “Vicuña Porto era uno de los soldados de la legión a la caza de Vicuña Porto” (225).

Zama no lo denuncia, en parte por cobardía, en parte esperando una posición de ventaja en que la captura le sea atribuida.

Al atacar imprudentemente una multitud de indios, los españoles caen capturados o muertos. El cacique vencedor, Nalepelegrá, invita a los vencidos a una fiesta, que es también una batalla ritual “pensada” entre los indígenas (233). Entre las hogueras, despojos de guerra: cueros cabelludos, cabezas cortadas, otros trofeos. Nalepelegrá se encabrita transfigurado en caballo y Vicuña Porto, antiguo jefe de indios en armas, lo aplaca, con lo que los soldados aún vivos son liberados.

Al cabo de algunas acciones de sobrevivencia, que incluyen la escena en que los hombres pasan a disputarles a cuchillazos sus presas a los perros de la expedición, Vicuña estrecha su relación con el protagonista, entre amistoso e intimidatorio. El capitán Parrilla captura a Porto y a Zama, antes de que encuentren a un grupo de unos quinientos indios que marchan en “apeñuscamiento de variable forma” (248) porque son indios ciegos. Doce años atrás fueron vencidos por una tribu mataguaya, que los castigó vaciándoles los ojos con cuchillos al rojo vivo. Como sus hijos no nacen ciegos, les sirven de lazarillos y de embajadores. Entre los indios, un ex mitayo, que sabe español, les ofrece mate fuerte a los prisioneros y explica que “cuando la tribu se acostumbró a servirse con prescindencia de los ojos, fue más feliz” (252).

La felicidad sin embargo no es completa, algo los obliga a una existencia nómada: la mirada de sus niños.

Aprovechando la distracción de los hombres de Parrilla, secuaces de Vicuña, liberan a los prisioneros. No matan a Zama porque a él le deben el haber llegado hasta donde están, y porque puede ayudarles en la eventualidad de un combate. El bando asesina a Parrilla hundiéndolo en el río crecido.

Zama sigue vivo, supone él que por la espera, pues “siempre se espera más” (256). El bando también espera y planea ante el protagonista, considerado “semejante a un indígena ciego” (257), la búsqueda de unas piedras maravillosas, florecientes en su interior de cristales preciosos, los *cocos*. Su ilustración se muestra peligrosa, pues sabe que esas piedras apenas tienen dentro espatos y minerales sin valor. Luego de dudar si debe arriesgar su vida compartiendo esa información o si debe callarla, al fin se decide por la verdad: “hice por ellos lo que nadie quiso hacer por mí: *decir*, a sus esperanzas, no” (258).

El bando condena al protagonista a muerte por traición y delación. El enemigo-aliado interviene: no deben matar al asesor letrado, basta cortarle las manos para castigarlo.

Vicuña aún lo ayuda una última vez, antes del primer tajo, pues le sopla al oído: “Hunde los muñones en la ceniza del fogón. Si no te desangras, si te encuentra un indio, sobrevivirás” (261).

Indios, niños, arrobamiento

Los griegos fueron los mayas de Europa.
Juan Rulfo, *México y los mexicanos*

Araripe Júnior, precursor del pensamiento antropofágico brasileño, creó aún en el siglo XIX una metáfora para la precedencia de las imposiciones del severo suelo americano, que en tiempos coloniales llevaba a los invasores a largar sus tradiciones europeas para adaptarse al ambiente; la llamó “*obnubilação brasileira*”.⁵ Aunque, de hecho, como el propio Antonio Di Benedetto se lo declaró a Günter Lorenz (1972) en su famosa entrevista de 1968, las dos primeras partes de *Zama* se desarrollan en Asunción y la tercera cada vez más al interior del actual territorio del Brasil,⁶ prefiero tomar de la propia novela otra denominación. El narrador Zama, al inicio de la novela, en fragmento que ya cité, opta por el *arrobamiento*, declara cuidarse de él y lo asocia al viejo tropo colonial de la infancia de la naturaleza americana: “Con ser tan mansa, cuidábame de la naturaleza de esta tierra, porque es infantil y capaz de arrobarme” (Di Benedetto, 2002: 9).

Si solo se traiciona lo propio, y lo que se entiende como propio es la cultura de referencia, cuidarse de “repentinos pensamientos traicioneros” (9) es protegerse del arrobamiento, es decir, del encanto de América. Traicionar sería ceder ante ese encanto, renunciar a la cultura metropolitana como esa agua en la que se lucha sin esperanza para caer en la propia tierra. El arrobamiento es la caída, pues devuelve la mirada y, como los niños lazarillos, o como el niño rubio, que nunca envejece y es el propio Zama a sus doce años, obliga a una existencia nómada, siempre comenzando:

⁵ Sobre ese carácter de precursor, *cfr.* Nodari (2008). Para una definición de la “*obnubilação brasileira*”, *cfr.* Araripe (1978: 300).

⁶ A través de la misma entrevista, sabemos que la madre de Antonio Di Benedetto era brasileña (Lorenz, 1972: 123, 132). *Cfr.* también Reales (2016) y Néspolo (2003).

—No has crecido...

A su vez, con irreductible tristeza, él me dijo:

—Tú tampoco. (262)

Zama despierta de su mutilación “como si elaborara el alba”⁷ (262) y no es exactamente un indio quien lo rescata, sino él mismo, uno de sus dobles, el niño rubio. Ninguno de los dos ha crecido: al final aún está todo al alba, es decir, a punto de comenzar: *A después de Z.* Así como los niños indígenas han orientado a los adultos ciegos en su errancia, el niño rubio ha orientado a Zama en su regresión, en su arrojamiento hacia la tierra.

Ahora Zama, como antes, arrastra la tierra con sus botas; como su hijito, se mimetiza con la propia tierra. La mutilación de sus manos (dormidas, amarradas, arrastradas, agarradas una en la otra a lo largo de toda la novela), notoriamente, apunta a la mutilación de herramientas fundamentales del invasor: las armas y las letras, justamente los medios de acción del asesor letrado, del corregidor y del soldado. Como corte, representa un dolor, y tal vez una muerte, o dos, pero él mismo ha preferido optar por la vida.

Zama anda guiado por el niño rubio, así como los indios ciegos andan orientados por sus hijos. La existencia nómada es impuesta por esa mirada infantil que les es devuelta. La “tierra infantil” los ha obnubilado, los ha arrobado, y no hay escape de ella. Se habita en cuanto se anda.

Si los indios ciegos sobreviven mutilados, recordemos, solo lo hacen recurriendo los unos a los otros para actos de necesidad o de intereses comunes. Zama ha sido un ingrato, pero también ha recibido ya solidaridad, incluso de sus enemigos ha recibido *otra* oportunidad, justo cuando su demasiado empeño lo llevó al punto en el que no lograría procurarse el alimento. Y una de las figuras de mayor solidaridad en relación con el protagonista es el escribiente Manuel Fernández. Si ha sido padre putativo del hijo de Zama, también puede serlo de su libro.

Sabemos que la narración se ejerce desde el presente, después de una jornada de fechorías que culmina con la mutilación de las manos. Si asumimos que el escribiente escribe y que el protagonista narra, adolorido por las heridas que le infligió el cazador-cazador Vicuña Porto, tendremos una clave para leer ese libro guardado por más o menos “ciento cincuenta años”, hasta 1956.

El ejercicio oral de la narrativa aproxima a Zama a la tradición de los pueblos amerindios,⁸ así como su propia curva vital lo ha aproximado al hambre, de los indios ciegos y del arrobamiento de América. La mutilación dolorosa casi lo ha cortado del poder colonial; sin las armas ni las letras se ha hecho análogo a esos nómadas, que han continuado caminando después de perder sus ojos. Como ellos, Zama continúa caminando y contando, y esa experiencia también se deja escribir.

Es conocido el interés que escritores contemporáneos de Di Benedetto manifestaron por tensionar escritura y oralidad, pero las respuestas críticas a ese interés tienden

7 Para Coetzee (2017), en ese despertar Zama abre por primera vez sus ojos a la plenitud real del continente. Esa realidad (flora y fauna exóticas, depósitos minerales, alimentación, tribus y sus costumbres) permite a Coetzee asociar la novela a fuentes documentales como la biografía de Miguel Gregorio de Zamalloa, nacido en 1753, corregidor durante la rebelión de Túpac Amaru. Otras fuentes documentales de *Zama* cfr. Néspolo (2003: 179 y ss.) y Filer (2017).

8 Entre esos pueblos hay otras formas de escritura, pero destaco la oralidad por su enorme importancia entre las formas de creación amerindias. Sobre el particular, cfr. Cornejo-Polar (2003: 11), quien ausculta el conflicto entre las culturas ágrafas andinas y la institución literaria de origen occidental. Sobre las posibilidades y necesidades de articulación del pensamiento situado de Cornejo-Polar con otros latinoamericanismos, cfr. Moraña (1995, 2003).

a leerlo bajo el mitologema del mestizaje, o bajo la tolstoyana premisa de la universalización de una comarca oral, con lo que la tensión se transforma en una especie de síntesis entre una institución europea y una experiencia americana. Rulfo, por su parte, construía sus fantasmas con murmullos, mientras la escritura —los títulos de propiedad de tierras— representaba la expropiación de Pedro Páramo y Fulgor Sedano. Y Guimarães Rosa, que creó en *Grande sertão: veredas* (1956), en “Meu tio o iauaretê” (1968) y en “O espelho” (1962), narrativas “dictadas”, hacía en “Uns indios (sua fala)” (1954) un balance nada optimista en relación con el “lado letrado”: quien habla (los indios) puede estar mintiendo, o tergiversando, puede estar riéndose de quien escribe, y la escritura, lejos también de una representación “transparente”, se torna el vestigio de un toque, de un contacto no exento de peligros. El escritor-transcriptor hace en Rosa el papel de un tonto entre triste e intimidado, no el de un intérprete, pues el sentido está en el contacto entre los interlocutores y no en la significación que se atribuye a sus palabras; quien escribe también está —tal vez está antes que nadie— sumido en la oscuridad.⁹

Ni superregionalismo, ni transculturación, ni fusión de contrarios, ni aldea universal, ni entrelugar, por lo tanto. La escritura de Di Benedetto no se postula como síntesis tranquilizadora o como armonización de conflictos históricos, vitales, que están muy lejos de superarse. De hecho todas las soluciones teóricas mencionadas tienden a la armonización operada por aquello que Cornejo-Polar (2003: 14) o Mabel Moraña denominan “una ideología del mestizaje” (2006: 142), y que Silvia Rivera Cusicanqui prefiere llamar “ideologema del mestizaje” (2015: 94), consistente en una fórmula conciliatoria y niveladora, que tiende a una *ciudadanización occidental forzada* (105) que reduce lo cultural a lo letrado, lo letrado a lo urbano, lo latinoamericano a lo hegemónico, reforzando aun una idea del intelectual (mestizo, aunque de filiación exclusivamente occidental) como mediador u operador principal de ese “giro copernicano”, supuestamente descolonizador.

En *Zama* no ocurre esto; *América en ella se desoculta*. La curva vital del protagonista lo acerca al mundo indígena, a sus agruras ante la violencia colonial también, en sus aspectos sociales y económicos inclusive, y será la infancia la que lo oriente desde la tiniebla de la mutilación. Si este tipo de lectura no es muy frecuente en la fortuna crítica de Di Benedetto, creo que se debe a que la línea lectora predominante es la de una solución *criolla*. Criolla en el sentido de ejercer una *pedagogía nacional-colonial*¹⁰ en que lo indígena se entiende como inevitablemente condenado al pasado, una “infancia” inevitablemente muerta o en vías de desaparecer, mientras que el futuro se procesaría como la infiltración progresiva de América Latina en la “mayoría de edad” de la cultura de referencia, abstractamente occidental y europea. Como ideología, como algo que de tan evidente no se ve y no se cuestiona, ese *mesticismo* torna a Occidente el interpretante natural de nuestra singularidad, aunque esa misma ideología presuponga que ese pez no puede navegar en esas aguas.

Sabemos que, como decía Juan Rulfo en una conferencia de 1984, “el mestizaje fue una estrategia criolla para unificar lo disperso, afirmar su dominio, llenar el vacío de poder dejado por los españoles” (1997: 443). Una estrategia que, para Rulfo, correspondía al tiempo de la Guerra fría, la televisión y las multinacionales. Tal vez la *heterogeneidad* radical y no dialéctica de Cornejo-Polar,¹¹ o la visión situada, escindida, de José

9 He trabajado esa tensión entre el “lado letrado” y el “lado analfabeto”. Cfr. Vélez Escallón (2018).

10 La expresión es de Rivera Cusicanqui, cfr. 2015: 95 y ss.

11 Totalidad conflictiva y no dialéctica, en rigor, derivada por Cornejo-Polar del concepto mariateguiano de “heterogeneidad”. A ese respecto, cfr. Cornejo-Polar (2003); Moraña (2018: 84). Para comprender las resemantizaciones operadas por Cornejo sobre los conceptos de “totalidad”, “historia” y “sistema” —que, más que de *diferencia*, están constituidos por *antagonismo*, cfr. Moraña (1995).

María Arguedas (que contemplan “totalidades conflictivas”, es decir la coexistencia no obligatoriamente armónica de diversos “sistemas” —locales, regionales— que no pueden considerarse como meras variaciones de una hegemonía cultural nacional y burguesa), habrían servido mejor para comprender el arrobamiento dibenedettiano, pero no ocurrió así; no se usaron con frecuencia esas herramientas teóricas porque en el debate de la década 1960-1970, decisiva para la teoría y la crítica latinoamericanistas, el vencedor en términos de hegemonía fue el provincianismo supranacional o, digamos, cosmopolita-blanco, de un Julio Cortázar.¹² Una fiesta a la moda francesa, *criolla*, y que rendía más lucro en el mercado regional.

Otra fiesta, tal vez “pensada entre los indígenas”, y más contemporánea, ha venido a darle atención a otros aspectos de *Zama*. Creo que ha ocurrido, justamente, tocándole las barbas de invasor. Trabajos contemporáneos han caracterizado la emergencia del criollo y de la “cuestión criolla” a lo largo del desarrollo de la narrativa,¹³ entre 1790 y 1799, considerando aspectos históricos e institucionales del período de transición hacia los procesos independentistas, dejando un poco de lado las preocupaciones deficitarias con la influencia (aunque no siempre el ideograma del mestizaje) y aproximándose de algunos elementos del debate *de-* y *pos*colonial contemporáneo. Mi lectura se alimenta de esas lecturas, que en general enfatizan las contradicciones de la transición emancipatoria,¹⁴ aunque me parece que hay suficientes elementos para pensar en un Zama *tendiente a lo indígena*¹⁵ y no apenas como un representante del autoritarismo criollo pues, como he intentado demostrarlo hasta aquí, la curva vital y el mismo entramado de la narrativa permiten pensar en una aproximación cada vez mayor del universo amerindio, eso que denominé “arrobamiento” y que “elabora un alba” a partir de la mutilación y de la orientación de aquellos que están siempre comenzando. Es como si la experiencia de corte con lo que se desea ser permitiese la dolorosa transición hacia la realidad de lo por venir.

Entiéndase aquí “indígena” en su sentido lexical-diccionario, “originario del país [o de la tierra] de que se trata”; o al modo de *Las aventuras de la China Iron* (2017) de Gabriela Cabezón Cámara, en que las chinas rubias, las inglesas cautivas de la tradición gauchesca, devienen indias, se tornan la negación de la negación operada por el determinismo criollo del siglo XIX, migrando como nómadas junto a un pueblo que se esfuma como el Paraná infinito, para nunca estar en el lugar en que se espera que estén.

La *China Iron* y *Zama*, al menos como los leo aquí, podrían aproximarse a esas literaturas “tercermundistas” que Fredric Jameson consideraba, algo condescendientemente, productos de una visión epistemológicamente privilegiada, de materialismo situado a veces involuntario, en que a los dominados se les posibilita cartografiar su situación de tales a través de *alegorías* que apuntan a una determinada totalidad social (un imaginario colectivo, por ejemplo, es una “totalidad social”). Como a

12 Me refiero a la conocidísima polémica entre Cortázar y Arguedas, que Moraña ha leído como una inserción, sobre el inevitable telón de fondo del occidentalismo, del drama de la colonialidad (Cfr. 2010).

13 Probablemente a partir de algunas informaciones fornecidas por Néspolo (2003: 185-186). Cfr., por ejemplo, los trabajos de Iván Serra (2012), Sofía Criach (2015), Dulci y López (2019), Giovanna Pollarolo (2019) y Diego Font (2021).

14 Entre ellas su continuación del colonialismo por la vía republicana y liberal, que: 1) justamente toma del republicanismo imperial francés su noción universal y abstracta de “nación”, complementada con la idea de “latinidad”, disolvente de las singularidades amerindias y africanas; 2) impone la tradición letrada como forma de exclusión de los “carentes” de la letra y de la palabra; 3) elabora una idea de la modernidad que implícitamente niega modernidad al medio americano; 4) usa el ideograma del mestizaje como garante de pertenencia e identidad. No es una exageración la consideración de Mignolo de que América Latina no es un subcontinente sino el proyecto de las elites criollo-mestizas (2007: 82).

15 Recordemos que para el bando de Vicuña Porto, Zama se torna “semejante a un indígena ciego” (Di Benedetto, 2002: 257).

Cornejo-Polar, la apreciación de Jameson me parece estimulante aunque excesiva,¹⁶ pues debe considerarse que esas alegorías “suelen instalarse en el discurso literario mediante mecanismos mucho más complejos que la intencionalidad y la ideología explícita de los escritores. Son figuraciones del imaginario social, más bien difuso, y suelen constituirse en los márgenes de un lenguaje que asimila las pulsiones colectivas” (Cornejo-Polar, 1985: 121).

Creo adecuado, por otra parte, pensar estas narrativas, y más específicamente *Zama*, cerca del “escribir desde la oscuridad en que se vive” que Juan José Saer elaboró en el ensayo “Narrathon” (1975):

La alienación no está en la literatura que la refleja, sino en la que la escamotea, no está en la división vivida como división, sino en la división vivida como integridad. No está en Macedonio Fernández que teoriza, arduamente, la imposibilidad de narrar, sino en Vargas Llosa, que dedica trescientas páginas a describir la vida de un colegio militar, confundiendo la crítica liberal a un aspecto de la superestructura con una crítica de lo real. Es abriendo grietas en la falsa totalidad, la cual no pudiendo ser más que imaginaria no puede ser más que alienación e ideología, que la narración destruirá esa escarcha convencional que se pretende hacer pasar por una realidad unívoca. El hermetismo puede jugar, en ese sentido, el papel de un test de autenticidad. Y además, el de una poderosa fuerza de distracción: que no se tome esta palabra en su connotación lúdica, sino en su sentido de desviación. Que nuestro lector sea como el hombre que, encaminándose maquinalmente hacia una catástrofe oye, repetidas veces, y desde la oscuridad, un llamado, que lo inquieta, lo desvía, lo demora, y le hace, por fin, cambiar la dirección de su marcha para dedicarse a buscar, en la oscuridad, la fuente de la que ese llamado puede provenir —sin que tenga que haber, necesariamente, en algún lugar de la oscuridad, una fuente—. (1975: 170)

Como *alegoría social*¹⁷ cuyo “mecanismo” es el arrobamiento americano, la novela nos presenta a su protagonista tantaleando en las sombras, siempre al final de una situación (Z) y al inicio de otra (A), lanzado cada vez más hacia subjetividades heterogéneas, que existen beligerantemente en los bordes, umbrales y exterioridades de la tradición blanca-criolla, e incluso más allá de la línea de Tordesillas.¹⁸ El protagonista cambia la dirección de su marcha y “desciende” socialmente (de la fama a la relegación, de la relegación a la miseria, de la miseria al rebajamiento, del rebajamiento a la mutilación), tendiendo hacia otra forma de existencia, la de un narrador. Auxiliado como los indios ciegos, Zama se adentra en la oralidad americana.¹⁹ Los futuros son

16 Para Cornejo-Polar, Jameson extrema y saca de cauce una intuición correcta. Sobre estas y otras salvedades, por ejemplo sobre la problemática nomenclatura “Tercer mundo”, *cfr.* Cornejo-Polar (1985: 110). Para ver las salvedades que el propio Jameson presentaba en 1986 sobre su argumento, *cfr.* Jameson (2011). Sobre la condescendencia del autor, *cfr.* Moraña (2003: xii).

17 En una vasta bibliografía (no hay espacio para convocarla aquí) la alegoría ha sido destacada como portadora de vestigios o marcas sensibles de existencias concretas. Me interesa singularmente el aprovechamiento del concepto por parte de Silvia Rivera Cusicanqui, quien plantea lo alegórico como ideal de conocimiento individual y colectivo, más estésico que estético, que permitiría narrar la experiencia de manera situada, para así comprender “nuestro carácter” como la “conjunción del destino con la culpa” (2015: 28-29).

18 De acuerdo con Malva Filer (1982: 28), la anécdota de la novela transcurre durante el período correspondiente a los viajes exploratorios de Félix de Azara, comisario de la tercera partida que marcó los límites, durante siglos en disputa, entre España y Portugal.

19 Y así también Emanuel Daosta, en *Sombras nada más* (1985), infiere o sabe oscuramente que en el *Popol vuh*, libro escrito por un pueblo que contaba para insistir en su sobrevivencia y en su tierra aún después de la mutilación, está su *Unheimlich*, su propia castración. En esa novela final de Di Benedetto podemos ver algo así como una recusación de la obra, una especie de ruina del proyecto romántico, humanista y liberal; una especie de *sobra* esa *sombra*, pues proliferan acciones y descripciones de todo tipo, sin una unidad evidente, aunque tendencialmente siempre apunten hacia un *después*. (Ver en esta misma edición el artículo de Liliana Reales.) A ese respecto, remito a la tesis de maestría *Sombras, nada más ou o esgotamento de uma escrita* (2018), en que Diego Florez Delgadillo elabora una lectura de Di Benedetto bajo la figura de la ruina, constituyendo esa ruina una especie de “cosmología” de la narrativa dibenedettiana, en que convergen las ambivalencias del proyecto romántico (“El hombre de arena”) y la narrativa-vestigio quiché.

inciertos, y las significaciones erráticas,²⁰ pero los indicios son muchos y apuntan hacia ese futuro, hacia la superación dolorosa de las armas y de las letras.

Esa desorientación orientada por una escucha, y que apunta hacia un futuro, en mucho se asemeja a la idea de José Carlos Mariátegui de unas literaturas indígenas que, para existir, ocurrirían fuera del tiempo en el que se esperaba encontrarlas:

(...) la mayor injusticia en que podría incurrir un crítico, sería cualquier apresurada condena de la literatura indigenista por su falta de autoctonismo integral o la presencia, más o menos acusada en sus obras, de elementos de artificio en la interpretación y en la expresión. La literatura indigenista no puede darnos una versión rigurosamente verista del indio. Tiene que idealizarlo y estilizarlo. Tampoco puede darnos su propia ánima. Es todavía una literatura de mestizos. Por eso se llama indigenista y no indígena. Una literatura indígena, si debe venir, vendrá a su tiempo. Cuando los propios indios estén en grado de producirla. (Mariátegui, 2007: 283)

No muy lejos de Mariátegui, el propio Antonio Di Benedetto decía, en la famosa entrevista a Günter Lorenz de 1968:

(...) el orgulloso europeísmo etnográfico de algunos argentinos puede perder pie. Los indios vuelven, los indios están volviendo, y no son indios muertos. Indios y mestizos de sangre predominantemente indígena. (...) Por mi parte no soy un autor indigenista, por razones muy naturales, pero por ejemplo mi novela *Zama* está muy influida por lo indígena. Es intenso mi interés por saber de los antiguos pobladores de América. Leo bastante, me detengo en los museos y ante sus rastros. Lo hago acá, lo hice alguna vez en Bolivia, en Chile, en Perú, en Colombia, en México, en Brasil.²¹ Se quiera reconocer o no, lo indígena tiene gran importancia. En el futuro será una fuerza decisiva. (*apud* Lorenz, 1972: 140)

Dios tiempo

La acción de *Zama* se sitúa entre los estertores de la dominación metropolitana y el inicio de la dominación criolla y republicana. De corregidor a asesor letrado, de letrado a soldado; de la casa de gobierno a la periferia, de la periferia de Asunción a la selva brasileña. Como “Juan Darién” (1920), Diego de Zama vuelve para escribir su nombre con sangre. Su avance es una especie de regresión y ese estilo de evolución lo acerca al mundo llamado primitivo. Después de la catástrofe, un comienzo, con indios vivos. La “involución”, que acarrea un contacto creciente con los excluidos del proyecto criollo —una continuación del proyecto colonial—, lleva al protagonista cada vez más hacia los bordes y exterioridades de ese agua que lo rechaza. La narrativa peina la historia “a contrapelo”, para encontrar entre las ruinas, como lo harían Benjamin o Mariátegui,²² no solamente una posibilidad de futuro, sino incluso la contraparte alegórica de la historia progresiva y vacía que caracteriza a la ideología moderna, liberal y burguesa.

En ese sentido, no se debe desconsiderar la declaración de Di Benedetto sobre su intenso interés en los antiguos pobladores de América,²³ pues junto con ese interés

La argumentación que sigo al respecto de *Zama*, en buena medida, me fue sugerida por la lectura de ese trabajo.

20 Liliana Reales ha propuesto la dispersión de sentidos para leer, desde *el desierto y como desierto*, la escritura de Di Benedetto. (*cfr.* 2017). A ese respecto, *cfr.* también Monteleone (2017).

21 Sobre los viajes e intereses regionales del autor, *cfr.* Reales (2016) y Di Benedetto (2016).

22 Sobre algunas confluencias entre Mariátegui y Benjamin, *cfr.* Löwy (2020) y Moraña (2018).

23 A ese interés alude Di Benedetto varias veces en la entrevista a Lorenz. (1972: 132).

se diluye la —también toscamente “progresiva”— distinción entre representación y vanguardia. La narrativa está “muy influida por lo indígena” (*apud* Lorenz, 1972: 140), y su protagonista oye desde la oscuridad en que habita un llamado que lo desvía de su marcha y lo acerca a la tierra. Del mismo modo que Guimarães Rosa y Rulfo lograban deducir de cosmovisiones y prácticas narrativas indígenas-campesinas procedimientos de vanguardia, cuestionando de ese modo la lógica de una historiografía eurocentrada, Di Benedetto parece articular en su novela procedimientos indiciarios (en que la Z y la A invierten sus lugares) con la imagen de un mundo heterogéneo y conflictivo cuyo protagonista, escindido y cada vez más descentrado, está constituido por la diferencia colonial.²⁴ Por ese motivo, Zama no puede pensarse apenas como el simple representante de una riqueza multiculturalista o pintoresca. Lejos de la fusión, la diferencia colonial en *Zama* es una herida abierta.

Zama tampoco es la crítica liberal de un determinado aspecto de la superestructura de la sociedad colonial, ni mucho menos su síntesis bajo un arrastre novelizador totalizante (*cfr.* Néspolo, 2003: 187), o de exactitud documental,²⁵ sino que más bien se vale de la alegoría para apuntar hacia ciertos indicios que nos permiten pensar en la América Latina de la década de 1950. Uno de ellos puede ser esa codificación que “invierte” la lógica progresiva del abecedario en el título de la novela, que trae la Z al comienzo y lleva la A al final. El fin es el comienzo y al final está la letra que convencionalmente se pone al principio en el alfabeto, esa matriz de todo ordenamiento que, cuando trastocada o redistribuida, como en *Tutaméia* (1967),²⁶ lleva ante la evidencia bruta del orden. *Zama*, a través del expediente simple de su título, entre otros, apunta a ese *estar en un orden*,²⁷ que no consiste en un simple comienzo, sino en el comienzo a partir de la miseria, el abandono y la mutilación. La taxonomía también está como trastocada en la novela, pues Diego de Zama se desdobra en el mono muerto del muelle de la fantasmal Asunción de 1790,²⁸ en cuadrúpedo forzado que se parte la cara al embestir insistentemente una roca; también se desdobra en un puma imaginado sin garras, de papel, y en pez. Jugando testarudamente hasta el final el juego de la permanencia, siempre a punto de irse y no, escrito sin manos, así como el puma se dibujaba sin garras, luego de la mutilación por parte del bando de Vicuña Porto, después de hacer por ellos lo que nadie quiso hacer por él, Zama se encuentra con el más insistente de sus dobles: él mismo, en la figura del niño rubio que se mantiene en sus doce años. Z y A se sobreponen en la escena final, en que se conjugan la escatología y el génesis, y se esboza la continuación de una vida que desde su fundación se entendía como detención y *aún no ser*.

Todos estos elementos nos permiten pensar procedimientos alegóricos, pero tal vez el inicio de la segunda parte, la de 1794, sea el más extenso apartado alegórico de *Zama*, y vale la pena mencionarlo brevemente por el lugar hacia el que apunta. El narrador, Zama, declara al inicio de esa parte (la de Manuel Fernández) remontarse a la idea de un dios creador que, pese a no hacer “pie en nada”, establece las leyes físicas del universo. Por las necesidades del protagonista ese dios se transfigura en hombre, pero se mantiene en pose melancólica, como el dios Saturno-Cronos:²⁹

24 Me refiero al concepto de Mignolo (2000, 2001).

25 Sobre las fuentes documentales consultadas y sobre el particular uso de ellas por parte de Di Benedetto, *cfr.* Saer (2014: 44 y ss.) y Néspolo (2003: 180).

26 Di Benedetto, en su entrevista a Günter Lorenz, incluye a Guimarães Rosa entre los escritores más significativos para su “modo de ver” (*cfr.* 1972: 120).

27 *Cfr.* el ensayo “Antonio di Benedetto: heterotopías y desplazamientos” (2017) de Liliana Reales.

28 Alejandro del Vecchio (2008) y, principalmente, Jimena Néspolo (2003: 158 y ss.), informan cómo *Zama* sitúa su temporalidad (1790, 1794, 1799) en la inminencia de las gestas independentistas.

29 No puedo detallar aquí la extensa bibliografía que asocia esa pose a la melancolía y a la iconografía de Saturno-Cronos. Remito a los conocidos trabajos de Nordström (1989), Klibanski, Panofski y Saxl (1991) y Benjamin (1984).

sentado sobre una roca, con los cabellos y barbas blancos de quien como el tiempo no muere y ha nacido viejo, contemplando el universo mudo. Como Zama, ese dios crea descendientes que no lo acompañan ni le pueden devolver la mirada, aunque esa mirada ausente jalone su acción, o su falta de acción, que consiste en dejar que los frutos del mal se diseminen por el mundo. Esos males son anteriores al hombre y, de hecho, son los males *de la tierra*: “las culebras, los gérmenes de la peste y las moscas”, el fuego de los volcanes y el surgimiento de los continentes (Di Benedetto, 2002: 133). Es a través de esos males que el dios tiempo manifiesta su presencia y por eso se complace en agitarlos.

Como el dios de las sementeras, cuya iconografía generalmente lo representa anciano y con la mirada clavada en el elemento mineral, el libro enterrado por ciento cincuenta años, originalmente titulado *Espera en medio de la tierra*,³⁰ apunta hacia los males de la tierra.³¹ La misma tierra en medio de la cual está Zama y de cuyo arrobamiento se cuida, la misma tierra con la que se mimetiza su hijo, la misma tierra hacia la cual es arrojado el pez de la alegoría contada por Ventura Prieto. También es Ventura Prieto quien llama la atención de Zama sobre lo ridículo de su espera, así como sobre la ilegitimidad de un régimen de explotación territorial en concreto: la encomienda, que priva de la libertad al pueblo nativo para trabajar en provecho de herederos de conquistadores. En el apartado de Ypané, ocurrido en la parte correspondiente al año 1799, recordemos, Zama ve hambre, miseria, arados de hueso, semillas comidas por los pájaros, y recuerda lo que Ventura Prieto consideraba sobre la encomienda:

Le pregunté por el *rendimiento* de las cosechas —su pan— a uno de los indios que arreábamos. No me entendió.

No era necesaria la respuesta.

Años atrás me la había dado Ventura Prieto, *aunque nunca me habló de eso*.

(Di Benedetto, 2009: 219) (Cursivas propias)

Lejos de celebrar el mestizaje, o cualquier otra fórmula de síntesis, la narrativa se detiene en la grieta, en la herida, en el surco del arado, incluso produciendo vacío, un corte, pues no sabemos inmediatamente qué fue eso de lo que Ventura nunca habló. Nos deparamos sin embargo con la ruina colonial en un régimen productivo vigente, aunque declarado obsoleto, que el “propagandista de algo” previamente asoció a los males de la tierra, cuando dijo “que para privar de la libertad a cien o doscientos nativos y hacerlos trabajar en *provecho* ajeno no era mérito suficiente un papel antiguo con el nombre de Irala” (2009: 50) (cursiva propia). La representación anacrónica de ese régimen de *producción* sitúa históricamente la espera y permite articularla al sistema-mundo. ¿Por qué afirmo esto? Porque la encomienda fue suprimida “legalmente” en 1789, en Chile, y luego ese edicto se ratificó definitivamente en la metrópoli en 1791. Mucho antes de eso, aún en el siglo XVII, en Cédula Real de 1696 se disponía la incorporación de territorios a la Real Hacienda a medida que las encomiendas del Paraguay fuesen quedando vacantes. Esto quiere decir que, en 1790, cuando los herederos de Irala buscaban una encomienda de indios y, mucho más adelante, en 1799, cuando ocurre el episodio de los arados de hueso en Ypané que acabo de citar, la encomienda no solamente había rebasado su obsolescencia, sino que era incluso “ilegal”.

Las encomiendas paraguayas se caracterizaron por su aplicación temprana en el escenario del Río de la Plata (1556) y por su permanencia hasta fines del siglo XVIII y principios del XIX. Cuando el sistema había caído en desuso en buena parte del

30 Era el título original de la novela, de acuerdo con lo declarado por Di Benedetto a Günter Lorenz (2009: 114). En la dedicatoria de *Zama* se lee: “A las víctimas de la espera”.

31 Sobre la tierra como fuerza engendradora o como problema social en Di Benedetto, *cfr.* Néspolo (2003: 174).

continente y la corona ya había decidido dejarlas sin efecto, en el Paraguay se siguieron repartiendo indígenas y se otorgaron nuevas encomiendas dado que la mano de obra indígena seguía siendo clave para esta economía. (Salinas, 2020: 12)

“Fuera” de la ley metropolitana, nótese, los funcionarios de la Corona encarnan y representan la ley en Asunción, un lugar abandonado por Dios. Esto podría interpretarse desde posiciones deficitarias, o meramente institucionalistas, pero hay un modo más interesante de leerlo.

Antes de referirme a ese modo, me parece importante recordar otra escena de silencio significativo. No por una coincidencia el mate —producto fundamental para la economía colonial,³² protagonista en los procesos de superexplotación sin los cuales no sería posible que indios regresasen para “disfrutar en España de los bienes acumulados en América”— circula entre los personajes de la escena, cuyo centro es la narración oral y en lengua castellana de la historia de la tribu de indios ciegos. El narrador es también un indígena, y también está asociado a la forma de producción de la encomienda, pues: “Fue mitayo antes de ser ciego”. Esto quiere decir que, a su manera, este indígena también “involucionó” en relación con la versión occidental del progreso, pues salió del sistema encomendero —en que existe una distinción jerárquica entre mitayos, “originarios” e indios sueltos—³³ para plegarse a la comunidad nómada y luego mutilada:

Preparó mate.
Pasó la calabaza al acaso, para quien quisiera servirse antes que él. Dijo: “Fuerte”, que el mate era fuerte.
Hablabla español. Fue mitayo antes de ser ciego.
Narró otra vez la invasión de los mataguayos.³⁴ Todos la conocíamos ya.
Le pregunté adónde se encaminaban.
No me contestó. Dirigió a mi voz una sonrisa comprensiva que me decía que yo era muy ingenuo. (Di Benedetto, 2009: 251-252)

El conocimiento del español da cuenta de la parcial occidentalización del personaje, que ha “retrocedido” en el tiempo al “volver” a la selva, así como lo hizo la tribu entera pues, recordemos, los ciegos pasaron del sedentarismo al nomadismo perseguidos o empujados por la mirada de sus niños (ninguno de los cuales puede tener más de doce años). La ingenuidad de Zama es retribuida con sonrisa comprensiva, pues pregunta por derroteros positivos a quien sabe que se puede retornar para contar la historia, tal vez en la lengua del “todavía no”. La semejanza actual entre el protagonista y este ex mitayo —que antes tuvieron roles de administrador colonial y explotado, respectivamente, en el sistema de encomiendas, pero que han “retrocedido” a soldado y a “indio suelto”— es identificación en los bordes, en los márgenes, afinidad entre los vencidos por los males de la tierra. El hombre sabe que el ex administrador colonial es ingenuo, pues lo que orienta los destinos en ese sistema de explotación no es el deseo abstracto de un norte, sino que más bien ese deseo del norte es el origen de todas las calamidades. Zama no se encamina hacia los objetos de su deseo, como cree, sino hacia donde la mirada de su niño lo ha venido empujando, hacia la vida.

Después de este contacto, los ciegos se apartan de la columna y, como lo hará Zama en la escena final, *elaboran el alba* para sobrevivir: “El alba menor se insinuó en la

³² Sobre la importancia del mate, *cfr.* *El Imperio Jesuítico*, en que Lugones contrasta el éxito y obtención de riqueza a partir del cultivo de yerba con una depreciación racista del Paraguay contemporáneo a su libro (1985 [1904]: 95).

³³ Sobre esa distinción jerarquizada, *cfr.* Salinas (2019).

³⁴ Recordemos que es la tribu que los castigó vaciándoles los ojos con cuchillos al rojo vivo.

existencia de los ciegos, como un aviso de que otra vez se pondrían en evidencia. // Se desgranaron del campamento y solamente nosotros quedamos en el suelo” (253).

En este mundo en que la Z viene antes de la A y en que el tiempo está fuera de sus junturas, el “atraso” no es síntoma de poca evolución social, política o económica, sino presupuesto de funcionamiento de las nacientes repúblicas. Y en ese sentido, puedo conjeturar que la “totalidad social” hacia la cual apunta oscuramente *Zama* —si la leemos como una especie de *alegoría* que permite cartografiar la situación latinoamericana en el cuadro global de la dominación capitalista— es la dependencia.

Dependencia³⁵

A medida que avanza la novela el “ser lanzado” de Zama se profundiza, haciendo superfluos los esfuerzos del asesor letrado en una progresión que podría leerse como una regresión (de humano a mono, de mono a tigre o a puma, de cuadrúpedo forzado a pez; o como ya se dijo: de la fama a la relegación, de la relegación a la miseria, de la miseria al rebajamiento, del rebajamiento a la mutilación) e, incluso, como una impugnación de dos dispositivos coloniales —las armas y las letras—, pues de las letras se pasa a las armas, de la burocracia a la guerra y de la guerra a la mutilación: la imposibilidad de empuñar armas, la imposibilidad de escribir con la propia mano. Sabemos que en ese transcurso el protagonista convive con indios y funcionarios coloniales —que hacen fiestas a la moda inglesa y que regresan a España para disfrutar de los bienes acumulados en América—; comparte necesidades con pequeños funcionarios y con habitantes de la periferia; y, finalmente, encuentra la encomienda y la guerra, en que se conjugan la explotación y la intemperie.

En medio de toda la tierra del continente, “desalfabetizado” e “involucionado” después de toda esa experiencia, Zama intuye que su ruina puede deberse a que el orden que lo condena al fracaso ya lo trae dentro desde siempre: “era como si hubiese andado largo tiempo hacia un previsto *esquema* y estuviera ya dentro de él” (Di Benedetto, 2009: 130) (cursiva propia). ¿Pero qué *esquema* es ese?

Me parece que tiene que ver con la permanencia sistemática de lo que “no debería permanecer” y que encubre aquello que, siendo, es como si no fuese. Un encubrimiento ontológico. Como constante en ese *esquema* está la duración de instituciones y regímenes de producción que se ubican entre el final de una situación (Z) y el comienzo de otra (A). En 1799, esa permanencia se expresaba como vida póstuma de la encomienda en los estertores del sistema colonial. En 1956, el año de publicación de la novela, la ficcionalización del atavismo puede asociarse al contexto de la dependencia latinoamericana.

La dependencia de América Latina es una herencia colonial pues, como lo diría Agustín Cueva, las estructuras precapitalistas son la antesala del subdesarrollo. La debilidad de la región:

(...) no es otra cosa que el resultado de un proceso en el cual las burguesías de los estados más poderosos abusan de las naciones económicamente débiles, aprovechando precisamente esta condición, a la vez que esos abusos perpetúan y hasta

³⁵ A pesar de las restricciones de Cueva (1985) sobre el uso de esta denominación, preferí en este trabajo el de “dependencia” por ser la voz más difundida e, incluso, por su (en ocasiones involuntario) aprovechamiento por parte del sociólogo ecuatoriano. Para una actualización de ese debate, así como para la distinción entre el “enfoque” (de F. H. Cardoso, por ejemplo), que tiende a entender la dependencia como categoría coyuntural, y la teoría marxista de la dependencia, que la analiza como fenómeno y problemática de carácter inherente al modo capitalista de producción, cfr. Sotelo (2018).

ahondan tal debilidad, reproduciendo en escala ampliada, aunque con modalidades cambiantes, los mecanismos básicos de explotación y dominación. (...) esa debilidad inicial, en nuestro caso se identifica con la “herencia colonial” y la configuración que a partir de ella fueron adquiriendo las nuevas naciones en su primera etapa de vida independiente. Pues es claro que la plena incorporación de América Latina al sistema capitalista mundial, cuando este alcanza su estadio imperialista en el último tercio del siglo XIX, no ocurre a partir de un vacío, sino sobre la base de una matriz económico-social preexistente, ella misma moldeada en estrecha conexión con el capitalismo europeo y norteamericano en su fase protoimperialista. (Cueva, 1985: 11-12)

Como lo ha mostrado una vasta bibliografía,³⁶ la dependencia latinoamericana se profundiza y se establece definitivamente a partir de la década de 1950 (la misma década de *Zama*, *Pedro Páramo* y *Grande sertão: veredas*, dígame de paso), especializando a los países industriales como productores mundiales de manufacturas y a los países dependientes, como la Argentina, como productores superexplotados de alimentos y productos del sector primario. América Latina, de acuerdo con *Dialética da Dependência* (1973), de Ruy Mauro Marini, no es exactamente el lugar de un capitalismo deficitario. (Ese incluso es con frecuencia el punto de partida de quien se preocupa con las influencias metropolitanas que recibimos.) Los países de la región, articulados directamente con metrópolis europeas, y posteriormente con los Estados Unidos, a través de relaciones de división internacional del trabajo ya existentes antes de los procesos independentistas latinoamericanos, son fundamentalmente productores y exportadores de bienes primarios que se intercambian por manufacturas de consumo.³⁷ Las fluctuaciones y especulaciones financieras, la acción de las burguesías locales que se benefician de la dependencia (y adquieren cultura y demás bienes de consumo oriundos de la metrópoli), la demanda de medios de subsistencia de origen agropecuario y de materias primas por parte de los países industrializados, son factores que profundizaron esa división internacional del trabajo.

Esa profundización de la dependencia, que se agrava en la década de 1950, fue descrita y evaluada en sus consecuencias por el sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva, antes citado. Para el autor:

Al comenzar la década de los sesenta, ya ni los más fervientes apologistas del capitalismo podían ufanarse del curso que este había seguido en América Latina. Todos sabían que el proyecto de desarrollo nacional autónomo se encontraba en bancarota y que el capital imperialista era dueño y señor de nuestra economía; el estatuto semicolonial fue reconocido incluso oficialmente, designándolo con el eufemismo “situación de dependencia”, que luego se difundiría ampliamente. Y tampoco podía negarse que se hubiera iniciado un proceso de pauperización absoluta de las masas, reconocido a través de la fórmula “redistribución regresiva del ingreso”. Inmutablemente regidas por el latifundio, salvo en contados casos de excepción, las estructuras agrarias trasladaban además su excedente de población a las urbes, y estas, dominadas por las industrias “dinámicas” de propiedad extranjera, no hacían más que sumar al excedente rural el suyo propio. La desocupación, la subocupación y el desempleo disfrazado tornábanse pues visibles, bajo la forma de “villas miseria”, “favelas”, “callampas” y “ciudades perdidas”, “pueblos jóvenes” como en algún país se los denominó. (Cueva, 1985: 199-200)

³⁶ En Sotelo (2018) hay una relación bibliográfica básica al respecto.

³⁷ Ese fue, por ejemplo, el papel de la yerba mate, al menos desde los tiempos del monopolio jesuita, interrumpido con la expulsión de 1767.

A medida que el mercado mundial se desarrolla, la explotación internacional puede descansar progresivamente en la reproducción de relaciones económicas que perpetúan y amplifican el “atraso” y la debilidad de esas naciones dependientes.

Internamente, como lo explica el Eric Hobsbawm de *Primitive rebels* (1983), este tipo de explotación, que conjuga regímenes de producción “primitivos” con actividades de exportación de bienes primarios, se da en un cuadro de violencia que, de hecho, organiza y controla el trabajo.³⁸ Esa lógica de “modernización”, entre otras cosas, orienta la transformación que tornó sociedades rurales y pastoriles en complejos asimétricos de producción agroexportadora orientados a los mercados capitalistas. Formalmente “independientes”, liberales y republicanas las nacientes organizaciones estatales latinoamericanas del siglo XIX se fundamentaron en el autoritarismo del poder económico, de los símbolos y de las armas, dejando a gran parte de sus poblaciones al margen del “desarrollo” aunque de hecho se las explotaba y se las masacraba. Campañas como la Conquista del Desierto o la Guerra de Canudos evidencian que a esas poblaciones se las lanzaba a una aniquilación certera luego de toda una elaboración simbólica que las tornaba sinónimo o causa del “atraso”, es decir, cuando se las incluyó —como se las incluye hoy— entre los males de la tierra.³⁹ La miseria y la violencia generalizadas, así, son herramientas de la participación latinoamericana en el orden del capital global desde sus “orígenes”.

Creo que Antonio Di Benedetto era sensible a toda esta problemática, que se intensificaba en la Argentina con el golpe de 1955.⁴⁰ La “espera” de Zama, la constatación de la mutilación y del estancamiento, la habitación en un permanente paraíso desolado, el ser atrapado en el esquema de su propia negación, pueden leerse a la luz de ese contexto, así como podrían situarse en relación con el papel de la región en el marco de la Guerra Fría.

Zama, aunque publicada en 1956, sitúa los acontecimientos que narra un poco antes de la plena hegemonía criolla en la región. Entre 1790 y 1799, la novela cuenta el momento inmediatamente anterior a esa hegemonía, alcanzada a través de los procesos independentistas latinoamericanos, prefigurando toda la problemática de sus filiaciones fundantes. A partir de las independencias, como es bien sabido, las naciones latinoamericanas fueron llevadas a identificarse como hijas del “encuentro” entre Europa y América, aunque de manera desigual (todo modelo parental o de filiación lo es), como puede constatarse en las tramas amorosas de la novela indianista de nuestros Romanticismos e, inclusive, desde el período llamado Neoclásico. América pasa a comprenderse como un pasado extinto, una referencia muerta, que cuando se idealiza se transforma en mito; Europa se idealiza como origen, como fuente y derrotero de la propia tradición e incluso de la propia existencia individual y colectiva.

Al final de la colonia y en los albores de las independencias que dieron lugar a las repúblicas latinoamericanas permanecen regímenes de producción, instituciones, capitales

38 Para Marx, en el capítulo VIII del primer tomo de *El Capital* (1867), tan pronto como los pueblos cuyo régimen de producción se venía desarrollando en “formas primitivas” (esclavitud, vasallaje), se ven atraídos al mercado mundial (en el que impera el régimen capitalista de producción y donde se impone el interés de dar salida a los productos para el extranjero), los tormentos “bárbaros” de la esclavitud y de la servidumbre se ven multiplicados por los tormentos “civilizados” del trabajo excedente (1999: 181).

39 Recordemos que Frantz Fanon insistía en algo que distingue a las sociedades coloniales: en ellas, el interlocutor válido, “legal” e institucional del colonizado, el vocero del colono y del régimen de opresión, es el gendarme, el paramilitar o el soldado (1961, s/p).

40 Sobre la orientación política de Di Benedetto, cfr. Reales (2016: 15-16) y Coetzee (2018: 409). Aunque no es el enfoque de este trabajo, es también importante mencionar el libro de Malva Filer (2017), quien llama la atención sobre el interés que el pensamiento hispanoamericano (Vasconcelos, Samuel Ramos, Octavio Paz, Murena, Alcides Arguedas, etc.), contemporáneo o inmediatamente precedente a la novela, manifestó acerca de los conflictos de la identidad regional.

simbólicos y materiales, formas de subjetivación que presuponen jerarquías de raza, de clase y de género. Como el asesor letrado Zama, las naciones latinoamericanas, cuando leen, en ocasiones apenas lo hacen para actualizar las leyes imperiales. Lo que está por partir y no se va es herencia colonial y presupuesto capitalista, y se traduce en la acción de quienes a punto de irse y no, siempre en peligro de ser arrojados del seno del río, elaboran un presente menudo y un pasado aborrecible mientras emplean casi integralmente sus energías en la conquista de la permanencia, o son arrojados y se mimetizan entre los males de la tierra.

Entre la Z y la A, *Zama* dramatiza esa espera y creo que lo hace sin esperanza. Las armas y las letras, al fin de cuentas, todavía no han sido superadas, ni lo serán en un futuro próximo.

Bibliografía

- » Araripe Jr., T. A. (1978). *Araripe Júnior: Teoria, crítica e história literária*. Río de Janeiro, LTC/San Pablo, EdUSP.
- » Benjamin, W. (1984). *Origem do drama barroco alemão*. Rouanet, S. P. (trad.). San Pablo, Editora Brasiliense.
- » Cabezón Cámara, G. (2017). *Las aventuras de la China Iron*. Buenos Aires, Random House.
- » Coetzee, J. M. (2017). Antonio Di Benedetto, *Zama*. *Homenaje a Antonio Di Benedetto*. Reales, L. (ed.). Vélez Escallón, B. (trad.). Facultad de Filosofía y Letras, UNCuyo.
- » Cornejo-Polar, A. (2003). *Escribir en el aire: ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Lima/Berkeley, CELACP.
- » Criach, S. (2015). El hombre americano en *Zama*, de Antonio Di Benedetto. *Revista Intersticio de la política y de la cultura*, 8: 25-44.
- » Cueva, A. (1985). *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. México, Siglo XXI.
- » Del Vecchio, A. (2008). “Dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello”, el caso *Zama*, de Antonio Di Benedetto. *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, Nº 39, s/p. Disponible en: <http://webs.ucm.es/info/especulo/numero39/caso-zama.html>. Acceso en
- » Di Benedetto, A. (2002). *Zama*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- » Di Benedetto, A. (2016). *Escritos periodísticos (1946-1986)*. Reales, L. (invest., selec. y pról.). Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- » Dulci, T. M. S. y Lopez, L. A. Castañeda (2019). A recriação da colônia em *Zama*: identidades, gênero e representações do espaço. *Revista Eletrônica da ANPHLAC*, Nº 26; 408-443, enero/julio.
- » Fanon, F. (1961). *Los condenados de la tierra* [online]. Campos, J. (trad.). Epublibre.
- » Filer, M. E. (1982). *La novela y el diálogo de los textos: Zama, de Antonio Di Benedetto*. México, Oasis.
- » Filer, M. E. (2017). *Zama* y la novela histórica. En Reales, L. (org.). *Homenaje a Antonio di Benedetto*, pp. 181-194. Mendoza, EDIFYL.
- » Florez Delgadillo, D. (2018). *Sombras, nada más* ou o esgotamento de uma escrita. Ponencia de Maestría. Florianópolis, Universidade Federal de Santa Catarina, Centro de Comunicação e Expressão, Programa de Pós-Graduação em Literatura.
- » Font, D. (2021). Dialogismo, heterogeneidad y estar siendo en *Zama*. *Revista CoPaLa. Construyendo Paz Latinoamericana*, vol. 6, Nº 13: 115-121.
- » Hobsbawm, E. (1983). *Rebeldes primitivos: Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Romero Maura, J. (trad.). Madrid, Ariel.
- » Israel, D. A. (1995). *Zama: trayectoria de una huida*. *Piedra y Canto; Cuadernos del Celim*, Nº 3: 137-154. Mendoza, FFyL.

- » Jameson, F. (2011). La literatura del Tercer mundo en la era del capitalismo multinacional. *Revista de Humanidades*, N° 23: 163-193, junio.
- » Klibansky, R.; Panofsky, E. y Saxl, F. (1991). *Saturno y la melancolía: estudios de historia de la filosofía de la naturaleza, la religión y el arte*. Balseiro, M. L. (trad.). Madrid, Alianza.
- » Lorenz, G. (1972). Antonio Di Benedetto. En *Diálogo con América Latina*. Ediciones Universitarias de Valparaíso/Pomaire.
- » Löwy, M. (2020). Walter Benjamin y José Carlos Mariátegui: Dos marxistas disidentes contra la ideología del “progreso”. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, vol. 25, N° 89: 13-20.
- » Lugones, L. (1985 [1904]). *El imperio jesuítico*. Buenos Aires, Hyspamérica.
- » Mariátegui, J. C. (2007). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- » Marini, R. M. (2000 [1973]). *Dialéctica da dependência*. San Pablo, Vozes.
- » Marx, K. (1999 [1867]). *El capital I. Crítica de la economía política*. Roces, W. (trad.). México, FCE.
- » Mignolo, W. (2000). *Local Histories / Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking*. Princeton, Princeton University Press.
- » Mignolo, W. (2001). The geopolitics of knowledge and the colonial difference. *The South Atlantic Quarterly*, 101: 1: 57-96. Duke University Press. Disponible en: http://www.unice.fr/crookall-cours/iup_geopoli/docs/Geopolitics.pdf. Acceso en: 21/12/2021.
- » Mignolo, W. (2007). *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona, Gedisa.
- » Monteleone, J. (2017). Zama como símbolo. En Reales, L. (org.). *Homenaje a Antonio Di Benedetto*. pp. 213-228. Mendoza: EDIFYL.
- » Moraña, M. (1995). Escribir en el aire, “heterogeneidad” y estudios culturales. *Revista iberoamericana*, Vol. LXI, N° 279-286, enero-junio.
- » Moraña, M. (2003). Prólogo. En Cornejo-Polar, A. *Escribir en el aire: ensayo sobre la heterogeneidad sociocultural en las literaturas andinas*, pp. vii-xiii. Lima/Berkeley. CELACP,
- » Moraña, M. (2006). Ideología de la transculturación. En *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*, pp. 137-143. Pittsburgh, ILLI.
- » Moraña, M. (2009). Mariátegui en los nuevos debates. Emancipación, (in) dependencia y “colonialismo supérsite” en América Latina. En Moraña, M. y Podestá, G. (orgs.). *José Carlos Mariátegui y los estudios latinoamericanos*, pp. 41-98. Pittsburgh, ILLI,
- » Moraña, M. (2010). Territorialidad y forasterismo: la polémica Arguedas-Cortázar revisitada. Madrid. En *La escritura del límite*. Madrid, Iberoamericana/Vervuert.
- » Moraña, M. (2018). *Filosofía y crítica en América Latina. De Mariátegui a Sloterdijk*. Santiago, Metales pesados.
- » Néspolo, J. (2003). Sujeto y escritura en la narrativa de Antonio Di Benedetto. Tesis de doctorado. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras. Disponible en: <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1556>. Consultado el 17/02/2022.

- » Nodari, A. (2008). Modernismo obnubilado. Araripe Jr. precursor da Antropofagia. VIII Seminário Internacional de História da Literatura, Porto Alegre. *Anais do VIII Seminário Internacional de História da Literatura*. Porto Alegre, EDIPUCRS.
- » Nordström, F. (1989). *Goya, Saturno y melancolía. Consideraciones sobre el arte de Goya*. Santos, C. (trad.). Madrid, Visor.
- » Pollarolo, G. (2019). La “cuestión criolla” en *Zama*, de Antonio Di Benedetto (1956) y *Zama*, el filme de Lucrecia Martel (2016). *Hipogrifo*, 7.2: 247-268.
- » Reales, L. (2016). Rastros de uma escritura. En Di Benedetto, A. *Escritos periodísticos (1946-1986)*, pp. 7-46. Reales, L. (invest., selec. y pról.). Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- » Reales, L. (2017). Antonio di Benedetto: heterotopías y desplazamientos. En *Homenaje a Antonio di Benedetto*, pp. 75-86. Mendoza, EDIFYL.
- » Rivera Cusicanqui, S. (2015). *Sociología de la imagen: Miradas ch'ixi desde la historia andina*. Buenos Aires, Tinta Limón.
- » Rulfo, J. (1997). *Toda la obra*. Madrid, ALLCA XX/ Scipione Cultural.
- » Saer, J. J. (1975). Narrathon. *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, N° 25: 161-170.
- » Saer, J. J. (2014). *El concepto de ficción*. Buenos Aires, Seix Barral.
- » Salinas, M. L. (2019). La encomienda paraguaya: pueblos de indios en el siglo XVII. población, familia y trabajo. *Revista Eletrônica da ANPHLAC*, N° 26: 263-294, enero/julio.
- » Salinas, M. L. (2020). Las encomiendas paraguayas y rioplatenses. Categorías y formas laborales según las fuentes del siglo XVII y XVIII. *Naveg@mérica. Asociación Española de Americanistas* (online), N° 25. Disponible en: <http://revistas.um.es/navegamerica> Consultado el 18/02/2022.
- » Serra, I. (2012). Representaciones de lo americano en *Zama* de Antonio Di Benedetto. *Estudios Románicos*, 21: 143-152.
- » Sotelo Valencia, A. (2018). La Teoría Marxista de la Dependencia (TMD) en la actualidad. *Direito e Práx*, Vol. 9, N° 3: 1677-1693. Río de Janeiro.
- » Souza, J. (2019). *A elite do atraso: da escravidão a Bolsonaro* (online). Río de Janeiro, Estação Brasil.
- » Vélez Escallón, B. (2018). “Zero nada, zero”: uns índios Guimarães Rosa, sua fala. *Alea: estudos neolatinos*, vol. 20, N° 1.

